

# LA UTILIZACION DE TUBOS VOLCÁNICOS POR LOS BENAHOARITAS COMO LUGARES DE HABITACIÓN Y DE ENTERRAMIENTO

FELIPE J. PAIS PAIS

Gallegos 26, 38727 Barlovento, La Palma, Canary Islands

## INTRODUCCIÓN

Los benahoaritas, cuando arribaron por primera vez a la isla de La Palma, se encontraron con un medio ecológico y geográfico totalmente diferente al que conocían en sus lugares de origen en el noroeste del continente africano. Nada más desembarcar, una de sus primeras necesidades sería, sin duda, encontrar un refugio seguro y abrigado que les permitiese vivir lo más cómodamente posible. Este problema no les supondría excesivos quebraderos de cabeza para resolverlo, ya que las cuevas naturales son extraordinariamente abundantes por toda la orografía insular, si bien es preciso realizar alguna precisión más detallada sobre esta generalización. En La Palma, las cavernas, covachas y cejos se distribuyen, fundamentalmente, por la mitad norte de la isla, en la denominada Paleopalma. Así, por ejemplo, en el bando prehispánico de Ahenguareme (actual Fuencaliente) este tipo de cavidades son prácticamente inexistentes.

Esta gran abundancia de cuevas naturales sería, precisamente, la que permitió a los benahoaritas hacer una selección entre aquéllas que reunían las mejores condiciones de habitabilidad en cuanto a sus dimensiones, luminosidad, exposición (vertiente de solana-umbría), grado de humedad y, en general, su protección contra las inclemencias del tiempo en cada zona. En muchos trabajos de investigación y publicaciones se ha realizado una serie de aseveraciones que no son totalmente ciertas, siendo preciso hacer algunas puntualizaciones al respecto. Una de ellas hace referencia a que los benahoaritas ocupaban el tramo inferior de los barrancos, desde la orilla del mar hasta una cota altitudinal aproximada de los 400 metros.

Esta generalización, al menos para La Palma, no refleja la gran complejidad que muestra el hábitat prehistórico insular. Esta hipótesis sí parece confirmarse para los sectores norte, noreste y este de la antigua Benahoare. En estas zonas sí existe una serie de condicionantes de tipo natural que dificultaban la vida por encima de ese límite. Estos factores son:

1) La orografía se caracteriza por la presencia de gigantescos barrancos, de cauces muy profundos y estrechos, que se ven interrumpidos, de trecho en trecho, por cabocos insalvables. A ello debemos añadir que las cuevas naturales cada vez escasean más, conforme nos acercamos a la cabecera.

2) La influencia constante del alisio provoca el arraigo de unos bosques muy frondosos de laurisilva a partir de los 200-300 metros. Esta vegetación ocasiona unos elevadísimos índices de humedad que convertía en inhabitables muchas de las cuevas naturales que aparecen en los dominios de esa formación vegetal. A pesar de todo, la presión demográfica llegó a ser tan fuerte que vivieron en zonas que hoy nos parece casi imposible, tal y como sucede en buena parte de Tagaragre (Barlovento). Aunque también podríamos suponer que el clima de esos momentos fuese menos húmedo que el actual, si bien la mayoría de los datos apuntan en sentido contrario.

Por contra, en el resto de la isla y, sobre todo, en los sectores del noroeste (Tijarafe, Puntagorda y parte de Garafía) y oeste (Valle de Aridane), los núcleos poblacionales podían ascender mucho más, con magníficos poblados de cuevas situados en torno a los 700-800 metros, contando con algunos ejemplos de cuevas de habitación situadas sobre los 1.300 metros. Las condiciones climatológicas de esta área, con escasez de precipitaciones anuales y fuerte insolación a lo largo de todo el año, permitían grandes concentraciones humanas en El Barranco de Torres, El Rincón, Cuevas de Herrera, Barranco de Los Cardos, etc.

Aún más diferenciado sería el poblamiento humano del extremo meridional de La Palma, ya que se trata de zonas que se han visto muy afectadas por el vulcanismo muy reciente, con cinco erupciones en la etapa histórica. Al ser la parte más joven de la isla, los barrancos son muy escasos y de poca entidad, puesto que apenas sí han tenido tiempo para labrarse un cauce claramente definido. En sus márgenes las cuevas naturales, aptas para la ocupación humana, son casi inexistentes y, en todo caso, no pasan de ser meras covachas de reducidas dimensiones, suelos muy inclinados y con frecuentes desprendimientos del techo y los laterales. Los rasgos más característicos del paisaje son las coladas lávicas en las que pueden aparecer pequeños cejos y oquedades que no fueron despreciadas por los benahoaritas. Los tubos volcánicos son bastante frecuentes, si bien muchos de ellos han quedado sepultados por las erupciones más recientes.

Ya hemos apuntado con anterioridad que para la ocupación de las cuevas naturales se valoraban especialmente una serie de cuestiones de tipo geomorfológico y climático, esencialmente. Pero también se tenían en cuenta otros factores de carácter económico. Los principales poblados de cuevas se establecían en las proximidades de algún punto de agua que no se cegara en la época estival. La ubicación estratégica de las cuevas respecto a las rutas pastoriles o los campos de pastoreo más ricos y jugosos no sería minusvalorada por una población que tenían en sus rebaños de cabras, ovejas y cochinos la principal fuente de alimentación.

A medida que la población prehispánica fue creciendo, las pretensiones a la hora de escoger cuevas como vivienda se fueron convirtiendo menos exigentes. Tal es así, que llegó un momento, coincidiendo con la fase cerámica IV, en que no les quedó más remedio que ocupar todo tipo de covachas, cejos y oquedades naturales por muy malas condiciones de habitabilidad que ofreciesen. En muchas ocasiones, estas cuevas apenas si tenían capacidad para albergar a una o varias personas como máximo que, además, tenían que soportar unas incomodidades muy fuertes (escasa altura del techo, suelo inclinado e irregular, mínima profundidad, etc.). Este tipo de hábitat tan intensivo no es patrimonio de zonas concretas de la isla sino que, por lo que se está revelando con la realización de la Carta Arqueológica, se produjo en todos los bandos prehispánicos, como son los casos de Aridane (Los Llanos, Tzacorte y El Paso), Tigalate (Mazo), Ahenguareme (Fuencaliente) y Tagaragre (Barlovento). (Foto 1).

Las peores cuevas naturales (escasa profundidad y altura, gran humedad, piso irregular o inclinado, entrada expuesta hacia los vientos dominantes, amplios cejos con poco rehundimiento del risco, etc.) se desechaban como vivienda humana. No obstante, eran empleadas con otros fines muy diversos, entre los que destacaba la explotación como encerraderos o apartaderos de sus rebaños. Las prospecciones arqueológicas están demostrando que hubo muchísimas covachas que fueron ocupadas de forma eventual o estacional, estando relacionadas, con toda probabilidad, con refugios pastoriles inmersos dentro de los diferentes paraderos pastoriles.

En la gran mayoría de las ocasiones, las cuevas naturales se habitaban sin realizar excesivas remodelaciones o transformaciones en su estructura primitiva. La abundancia de este tipo de cavidades era tan abrumadora que los benahoaritas no se vieron en la necesidad de fabricarse casas artificiales, tal y como ocurre, por ejemplo, en Gran Canaria. Sin embargo, en el interior de las cuevas se hacían una serie de construcciones de piedra suelta que estaban destinadas a proveerse de mayores grados de comodidad para hacer su vida cotidiana un poco más llevadera. Así, eran muy frecuentes los muretes de piedra seca que tapaban toda o parte de la boca para proteger el espacio útil interior de las inclemencias del tiempo (viento, frío, lluvias, sol, etc.). A veces, levantaban muros que se relacionaban con la creación de un piso regular y llano, para evitar la entrada de escombros procedentes de los terrenos situados a mayor altura, etc. En las zonas más profundas de las cuevas, así como pegado a las paredes laterales, se construían poyos o repisas artificiales, de anchura y altura variables (aunque raramente superan el metro), sobre los cuales colocaban los distintos utensilios de uso cotidiano. Otro tipo de estructuras muy corrientes serían los camastros para dormir o descansar, las mamparas de piel o entramado vegetal para sectorizar el espacio útil (El Tendal), mesas y asientos realizados con rocas alargadas y planas, de los que aún perviven magníficos ejemplos en los abrigos pastoriles reutilizados de alta montaña.

Al igual que sucedía con las cuevas naturales de habitación, los yacimientos de carácter sepulcral aparecen en gigantescas necrópolis que albergaban un elevado número de cadáveres o se utilizaban pequeñas covachas, cejos y grietas que sólo contenían los restos óseos de uno o varios cuerpos. La gran mayoría de los cronistas de la conquista de la isla (J. ABREU GALINDO, 1977; T. A. MARÍN DE

CUBAS, etc.) nos relatan cómo los antiguos palmeros se dejaban morir de inanición, para lo cual se lo comunicaban a sus familiares y éstos los encerraban en cuevas naturales cuya entrada sellaban con muros de piedra seca. Asimismo, en el interior de las cuevas sepulcrales solían realizar una serie de estructuras artificiales, con muros de piedra seca, que separaban unos cuerpos de otros, como sucedió en La Cueva de La Palmera en Tijarafe (E. MARTÍN RODRÍGUEZ, 1993) y se colocaban yacijas vegetales para evitar el contacto de los restos humanos con la tierra.

Los tubos volcánicos no pasan de ser meras cuevas naturales, si bien su estructura, dimensiones y geomorfología difieren notablemente de lo que generalmente entendemos cuando nos referimos a éstas. Las Islas Canarias, al tener un origen volcánico, cuya formación y crecimiento aún no han finalizado, cuentan con un elevado número de estas cavidades, algunas de las cuales son realmente espectaculares. En la isla de La Palma los estudios espeleológicos tienen una historia muy reciente y apenas si se han iniciado. No obstante, ya conocemos una gran cantidad de tubos volcánicos que, en la gran mayoría de los casos, cuentan con vestigios prehispánicos. La abundancia de tubos volcánicos en nuestra isla es un fenómeno normal, máxime si tenemos en cuenta el hecho de que, después de la conquista de Alonso Fernández de Lugo en 1493, ha existido una importante actividad volcánica histórica. Por tanto, no es de extrañar que los tubos volcánicos tengan una presencia constante desde la orilla del mar a las cumbres más altas (Pico de Bejenado, Los Andenes, etc). Por esa misma razón, los tubos volcánicos son mucho más numerosos y espectaculares en la mitad sur de La Palma al estar recorridos sus paisajes por coladas lávicas recientes que, obviamente, no contienen rastros de su explotación por parte de los benahoaritas.

## LA UTILIZACIÓN DE LOS TUBOS VOLCÁNICOS COMO LUGARES DE HABITACIÓN

La propia configuración de los tubos volcánicos era la que indicaba a los benahoaritas cuál era la zona más apta para ser ocupada de forma permanente o estacional. Este tipo de cuevas, por lo general, suelen ser bastante estrechas y una profundidad bastante significativa. Lógicamente, la parte más idónea para el desarrollo de las actividades cotidianas eran las más próximas a la entrada, hasta donde la penetración de la luz diaria permitía una estancia de sus ocupantes sin excesivos problemas de luminosidad. Además, la humedad no era tan agobiante como en las áreas más alejadas de la boca. Todos los tubos volcánicos descubiertos durante nuestras prospecciones, y que no pertenezcan a coladas históricas, fueron ocupados, de una u otra forma, por los benahoaritas, a menos que sus dimensiones (anchura y altura) fuesen tan pequeñas que hiciesen inviables cualquier tipo de asentamiento, bien de tipo habitacional o sepulcral.

En La Palma es frecuente la existencia de unos tubos volcánicos que presentan, en sus tramos iniciales, la estructura y características típicas de una cueva natural. Todos ellos fueron, sistemáticamente, habitados por la población prehispánica. En el fondo de estos cejos es de donde parte realmente el tubo volcánico propiamente dicho. En cavidades de este tipo hemos estudiado yacimientos arqueológicos de gran interés que presentan una potencia estratigráfica de gran relieve. Los ejemplos son muy numerosos, destacando La Cueva de Las Tijaraferas, Riscos de La Caldereta (Foto 2), Cuevas de Herrera (El Paso), La Fajana de Barlovento, etc.

Si la profundidad máxima de los tubos volcánicos se sitúa en torno a los 20-30 metros, aproximadamente, fueron habitadas en todo su espacio útil, aunque la luz que llegaba a las zonas más profundas era casi nula y, en muchos casos, al menos actualmente, la humedad reinante en el interior era elevadísima, incluso con goteos de agua a lo largo de todo el año. Los yacimientos arqueológicos son estas características son igualmente abundantes: Barranco de La Crucita, Barranco de Cáramo, Los Camachos, (Barlovento), La Caldereta (El Paso), etc. En algunos de estos tubos aún hoy son claramente perceptibles en el techo las costras de hollín que dejaron las hogueras que tuvieron que encenderse en el interior para alumbrarse y calentarse.

Existen muchos tubos volcánicos que, tras una entrada muy estrecha y angosta, dan paso a una zona interior mucho más espaciosa que, a veces, llegan a formar salones inmensos y realmente espectaculares. En estos casos, también hemos descubierto numerosos asentamientos permanentes a pesar de la intensa oscuridad reinante. Posiblemente, los rayos del sol, dependiendo de la exposición de la entrada, podían alcanzar los espacios más recónditos, aunque sólo fuese durante períodos muy cortos a lo largo del día. Este tipo de tubos volcánicos presentaba, para su ocupación por parte de la población prehispánica,

una serie de ventajas e inconvenientes. Respecto a las primeras, el hecho de contar con una boca muy pequeña les proporcionaba una protección eficaz contra determinados elementos climatológicos, como las lluvias y el viento, aunque estuviesen expuestas a favor de los mismos como sucede por ejemplo en El Rincón o El Barranco de Los Cardos, por ejemplo. Es interesante detenernos en el primer yacimiento, puesto que se trata de un gigantesco tubo volcánico que fue asiduamente habitado por los benaharitas a pesar de que la entrada está directamente expuesta a favor de los constantes vientos de brisa que azotan a la parte alta del Valle de Aridane (foto 3).

El principal inconveniente de vivir en un tubo volcánico con las características anteriormente mencionadas, y aparte de la oscuridad, estriba en que suelen presentar una elevada humedad ambiental, con abundantes rezumes y goteos a lo largo de todo el año y de forma más acusada tras la caída de lluvias torrenciales. En los dos yacimientos que hemos citado aparece ese mismo problema, a pesar de lo cual parecen resentir una ocupación intensiva con un importante relleno arqueológico que ha sido puesto al descubierto por los saqueos de los expoliadores. Si embargo, esta hipótesis no se puede comprobar hasta que no se realice una excavación arqueológica sistemática de uno de ellos. Es posible que tales cuevas fuesen ocupadas en momentos muy concretos del año, que coincidirían con la época estival.

Pero, no todos los tubos volcánicos se destinaron a un único fin. En la prehistoria de La Palma son cada vez más frecuentes unos yacimientos arqueológicos en los que se entremezcla un aprovechamiento habitacional con otro sepulcral, como hemos comprobado en El Rincón (El Paso), Tigalate Hondo (Villa de Mazo) (Foto 4), etc. En el primer caso aparecen entremezclados restos arqueológicos típicos de una cueva de habitación (cerámica, industria lítica, fragmentos óseos, etc.), junto con huesos humanos, algunos de los cuales están quemados. El tubo volcánico de Tigalate presenta otro tipo de ocupación, pues la entrada sirvió como vivienda, mientras que en las partes más profundas existió uno o varios enterramientos. Desgraciadamente, los destrozos provocados por los expoliadores, en ambos casos, nos impide extraer mayores conclusiones. En este último aparecen varias tibias y un peroné de una persona adulta que fueron colocados junto a la entrada del tubo o quien saqueó la necrópolis.

## LA UTILIZACIÓN DE TUBOS VOLCÁNICOS COMO NECRÓPOLIS

Las prospecciones arqueológicas que se han venido realizando en los últimos años en la isla de La Palma han puesto de manifiesto unos datos bastante curiosos, aunque muy interesantes. Los poblados de cuevas naturales de habitación son muy numerosos y en ellos podían vivir un elevado número de benaharitas. Sin embargo, no existe una correspondencia clara entre esos yacimientos habitacionales con la escasez acusada de cuevas sepulcrales. Tal es así que, hoy por hoy, una pregunta de muy difícil respuesta sería ¿dónde enterraban a sus muertos o qué hacían con los despojos humanos de la gran mayoría de la población?. De cualquier forma, debemos apuntar que una de las razones principales del desconocimiento de su mundo funerario está en el saqueo sistemático a que han sido sometidos este tipo de yacimientos arqueológicos.

Al igual que sucede con una generalización muy arraigada sobre que la población prehistórica no ascendía por encima de una determinada cota altitudinal, situada en torno a los 400 metros, también se apunta que los avaritas elegían como lugares de enterramientos aquellas zonas que estuviesen bastante alejadas de los poblados de habitación, emplazándose a ambos extremos de los mismos o en el tramo inferior de las laderas de los barrancos. No obstante, en La Palma hemos comprobado como esa hipótesis es totalmente errónea, puesto que muchas cuevas sepulcrales aparecen entremezcladas, incluso formando parte de una misma cueva de habitación, con las áreas de ocupación permanente, tal y como sucede en los Barrancos de Las Canales, El Rincón, Los Cardos (El Paso), Barranco de La Baranda (Tijarafe), Barranco de Cueva de Agua (Garafía), La Longuera (Breña Alta), Barranquito de Medina, Barranco del Salto (Barlovento), etc.

Los tubos volcánicos reúnen una serie de condicionantes de tipo geomorfológico que los convertía en lugares ideales para depositar los restos de sus seres más queridos. Cuando los benaharitas, al igual que nosotros, despedían a sus familiares, pretendían que su «descanso» no fuese interrumpido. Por ello, elegían covachas y cejos de difícil acceso o que pasasen desapercibidos. Los tubos volcánicos



tienen entradas muy angostas, a veces peligrosas, que preservaban su interior de posibles saqueos o depredadores naturales: perros, cuervos, etc.. Cuando eran utilizados como yacimientos funerarios no presentan su entrada tapiada porque la simple vista de esos agujeros bastaba para desanimar a los curiosos. Las grandes profundidades que suelen alcanzar los tubos volcánicos, su progresivo estrechamiento, la presencia de túneles laberínticos, etc. eran circunstancias que favorecían la preservación de los restos humanos. Otros datos que tendrían muy en cuenta a la hora de elegir el sitio para el descanso eterno sería la insondable oscuridad y la quietud inquebrantable que caracterizan a estas cavidades. Pero también existen ciertos factores negativos que incidirán directamente en la conservación de estos yacimientos hasta nuestros días y que no es otro que la gran humedad reinante que provoca el deterioro progresivo de los materiales orgánicos, incluidos los restos humanos, que son típicos de este tipo de yacimientos arqueológicos.

Las supersticiones, el miedo a la oscuridad y lo desconocido, así como la sensación de claustrofobia que producen sitios tan estrechos, fueron condicionantes que, hasta tiempos relativamente recientes, garantizaban la preservación de muchas de estas necrópolis. Pero, desde finales del siglo pasado, se produjo un auge incontrolado de la búsqueda de restos prehispánicos para engrosar los fondos de algunos museos o crear impresionantes colecciones privadas que todavía hoy perduran, junto con otras nuevas de creación mucho más reciente. Estos rastreos han sido tan sistemáticos que hoy es prácticamente imposible encontrar alguna cueva sepulcral que esté intacta. Desgraciadamente, los tres ejemplos más interesantes que hemos localizado: La Cueva del Gofio (Foto 5) y el Barranco de Los Cardos en El Paso y los tubos de Tigalate Hondo en Mazo han sido saqueados por expoliadores.

En los últimos años ha cobrado un gran auge la espeleología en La Palma (coexisten dos grupos independientes) que, en determinados casos, está ocasionando daños, a veces irreparables, en algunas de las necrópolis que se ubican en tubos volcánicos. Estos científicos no actúan de manera consciente y los destrozos que puedan ocasionar vienen dados simplemente por el desconocimiento o la ignorancia de la importancia que esos vestigios puedan tener. Por último, queremos destacar un hecho que cada vez tiene más predicamento entre personas jóvenes y que no es otro que el afán exploratorio de personas que buscan sensaciones fuertes o necesitan probarse a sí mismos. En este sentido, la exploración del interior de los tubos volcánicos puede satisfacer las exigencias más arraigadas.

## LA PRESERVACIÓN DE LOS TUBOS VOLCÁNICOS

A lo largo de esta conferencia se ha puesto de manifiesto como los tubos volcánicos fueron utilizados por los benahoritas como lugares de habitación o de enterramiento y, en determinados casos, como escondrijos de su ajuar doméstico. Hasta el momento, no se ha realizado ninguna excavación arqueológica en el interior de estas cavidades naturales, lo cual quiere decir que todos ellos conservan buena parte o la gran mayoría de su relleno arqueológico. Esta circunstancia debe ser tenida en cuenta por todos aquellos que se introduzcan en el interior de los mismos con fines científicos o simple curiosidad. Los restos prehispánicos son materiales muy frágiles que pueden romperse o desaparecer con las simples pisadas de una persona. Si la estancia en estos lugares no se hace con cuidado pueden producirse alteraciones postdeposicionales que desvirtúan los datos que se obtengan a la hora de realizar la excavación. Así, en un tubo volcánico de Mazo, que fue utilizado como necrópolis y en el que también aparecen innumerables fragmentos de ovicápridos, estos últimos materiales están siendo destrozados por las pisadas de los cada vez más frecuentes visitantes que conocen su existencia. Las roturas son frecuentes en los fragmentos de cerámica, los restos malacológicos, la industria ósea, etc.

Sería conveniente recalcar la necesidad de que todos aquellos excursionistas que se introduzcan en los tubos volcánicos los dejasen de la misma forma en que se los encontraron, sacando nuevamente al exterior todos los desperdicios que se produzcan. Es lamentable comprobar como las basuras de todo tipo (botellas, latas, alpargatas, cartones, etc.) «siembran» todo el interior, desde la zona de la boca a las partes más profundas. En algunos casos hemos comprobado como la boca de los tubos fue utilizada como basurero hasta hace escasas fechas y, en algún caso, todavía lo sigue siendo (Lavas del Volcán Martín en Montes de Luna).

Un hecho a tener en consideración es la posibilidad de organizar visitas guiadas al interior de

determinados tubos volcánicos. Sin embargo, tal y como está la situación actual, son impensables tales recorridos hasta que no se realicen las excavaciones arqueológicas correspondientes. Hoy día existen determinados grupos que están interesados en limpiar de basuras estos tubos, pero estas operaciones, a nuestro juicio, no se deben realizar sin la supervisión de un arqueólogo, puesto que entre los materiales que se extraigan pueden incluirse piezas prehistóricas. Bajo ningún concepto se deben mover de su posición originaria aquellos materiales de clara filiación prehispánica, por muy pequeños e insignificantes que sean.

Ante cualquier hallazgo de un yacimiento arqueológico en el interior de los tubos volcánicos debe avisarse inmediatamente al Excmo. Cabildo Insular o la Dirección General de Patrimonio Histórico para que un especialista pueda inspeccionar y valorar la importancia del descubrimiento. Incluso, abogaríamos por una más estrecha colaboración entre arqueólogos y espeleólogos para el estudio y la conservación de estas impresionantes cavidades naturales. En este sentido, ya han habido algunos intentos en este sentido aunque, desgraciadamente, las cuestiones monetarias han impedido que se pudiera llevar a buen término el cerramiento de varios tubos volcánicos en Mazo.

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ABREU GALINDO, J. 1977 Historia de la Conquista de las Siete Islas de Canaria, (Santa Cruz de Tenerife), 1977.
- DEL ARCO AGUILAR, M. C.; JIMÉNEZ GOMEZ, M. y NAVARRO MEDEROS, J. F. 1992. La Arqueología en Canarias: del mito a la ciencia. Santa Cruz de Tenerife.
- DIEGO CUSCOY, L. 1951. El determinismo geográfico y la habitación del aborigen de las Islas Canarias. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, XXVI: 17-58.
- HERNANDEZ PÉREZ, M. 1977. La Palma Prehispánica, Las Palmas de Gran Canaria.
- MARTIN RODRIGUEZ, E. 1993. La Palma y los auaritas. Santa Cruz de Tenerife.
- PAIS PAIS, F. J. 1993. La Economía de Producción en la Prehistoria de la Isla de La Palma: la Ganadería. Santa Cruz de Tenerife.
- TEJERA GASPAR, A. y GONZÁLEZ ANTON, R. 1987. Las culturas aborígenes canarias. Santa Cruz de Tenerife.



Foto 1.- Poblado prehistórico de cuevas naturales de Buracas en Las Tricias (Garafía)



Foto 2.- Aspecto exterior del cejo y la entrada de un tubo volcánico en los Riscos de La Caldereta (El Paso)

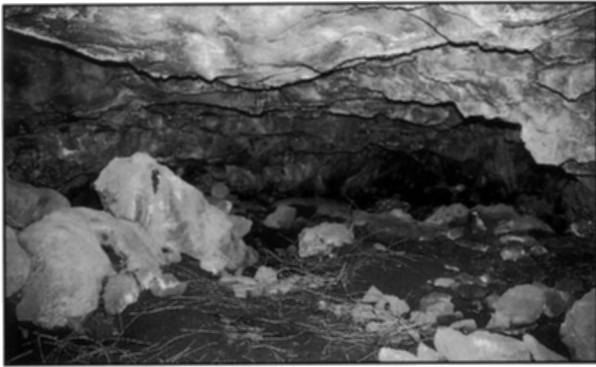


Foto 3.- Aspecto interno de un tubo volcánico que fue habitado por los Benahoritas en El Rincón (El Paso)



Foto 4.- Una de las entradas de un tubo volcánico en Tigelate Hondo (Villa de Mazo)



Foto 5.- Aspecto del interior de la necrópolis de la Cueva del Gofio (El Paso).